

Anotaciones sobre Alfonso Leng

Hay personas que sin proponérselo y sin esfuerzo, favorecen en nosotros cierto florecimiento espiritual. Esta condición se da en Alfonso Leng. ¿Qué cualidades íntimas la hacen posible?

Su irradiación personal más permanente es la de quien posee riqueza interior y natural buen espíritu para los demás. Su voz grave, pausada, de ritmo meditativo, acusa dominio de serenidad conquistada, pronta a la meditación generosa, a cierto goce en la apreciación de méritos ajenos y a la confesión de limitaciones propias, que tal vez no significa sino la insatisfacción inherente al músico y al hombre de ciencia que integran la complejidad de su yo espiritual.

Un anhelo de superación fluye, a menudo, de sus palabras, de esas que brotan naturales, al contacto de la amistad. Afán semejante le ha movido siempre a actividades destinadas a promover evolución artístico-cultural en nuestro medio. Estos esfuerzos continuos, sostenidos por Leng en compañía de algunos otros amigos, durante medio siglo, ha impulsado la evolución musical de nuestro país.

Su obra artística revela su punto de vista frente a la creación. Los elementos que ha empleado de preferencia le han sido suficientes para ofrecer su mensaje. Este aparece clarísimo desde sus primeras realizaciones: en el patetismo frecuente, en la sinceridad emocional, en la sobriedad de medios técnicos, en la delicadeza armónica y melódica que caracterizan su pensamiento musical.

—“Comprendo, suele decir, que mi música pueda juzgarse emparentada con la de los románticos alemanes del siglo XIX. La ascendencia me ha impuesto tal vez sus imperativos. Y no he podido ser sino fiel a mi propia autenticidad para expresar lo que he creído digno”.

Sus Doloras, Preludios, Canciones y obras para Orquesta nos invitan, en cierto modo, a los estremecimientos que derivan de lo subjetivo, del reino de las emociones y sentimientos más íntimos del artista. El pensamiento melódico suele elevarse en sus obras, ascendiendo cromáticamente, para detenerse por momentos y volver al impulso ascensional. Motivos descendentes, también cromáticos, aparecen interponiéndose como contrastes expresivos.

¿Es en estos aspectos dados por el artista a sus medios técnicos,

intuitiva o conscientemente, donde los contenidos vitales: ansias de superación, liberación de acechanzas terrenas, sentimientos que no pueden resignarse sin angustia a los límites de la condición humana; han llegado a vincularse con la expresión?

Si eliminamos estos contenidos emocionales, poco gratos a maestros de tendencias opuestas a las características románticas, quedan en el acontecer puramente musical, los fenómenos estéticos: la contención y sencillez de la melodía, de dibujo claro y caracterizante, el dramatismo propio de las dos corrientes rítmico-melódicas: la una activa, la otra pasiva, la riqueza de contrastes dinámicos y agógicos, el refinamiento en los enlaces armónicos, el empleo adecuado de timbres puros y compuestos en la instrumentación orquestal, la unidad y lógica en el desarrollo del discurso musical, la equilibrada organización de los distintos elementos del material sonoro, el acertado uso de intervalos propicios para la emisión de la voz en sus obras para canto.

La producción musical de Leng, extraña disposición de espíritu optimista, aparece siempre dominada por un sentido elegíaco y dramático.

Esta característica se advierte en su lied "Cima", sobre el texto del poema de Gabriela Mistral y en su Poema Sinfónico "La muerte de Alsino", sobre sugerencias de la novela de Pedro Prado y en cualquiera otra de sus obras. El alma desgarrada y pasional que alienta en el poema de Gabriela, es algo hermana de la de nuestro músico. Leng ha creado para este poema uno de los trozos más patéticos de nuestra literatura musical.

Alsino, el héroe del libro de Prado, roído por la conciencia de su soledad, condición la más esencial del ser humano; encendido de impetuosa necesidad de altura, de salvar los límites opresores y confiando en la embriaguez que espera del poder de sus propias alas; emprende su último vuelo trágico con ansias de infinito. El símbolo literario, resonando en la experiencia íntima de Leng, coincidente también con su concepto del artista creador, le impulsó a concebir su poema orquestal.

Un día, el amigo músico llegó hasta mi casa. Venía silencioso como siempre, pero radiante de su actividad creadora. Abrió el piano

y en la paz del enorme taller, con sus muros tapizados de estudios pictóricos, tuve el goce de su generoso gesto fraterno y de la confianza de su obra.

El motivo sencillísimo que inicia expresivamente el poema, en proyección cromática ascendente, impregnado de torturante aspiración espiritual, luego la belleza del tema sombrío que levanta la expresión de íntima congoja, formando contraste estético con un nuevo motivo de mayor agilidad de ritmo y melodía, de expresión menos femenina, como toda decisión que debe perdurar. El delicado contraste de sonoridad, juego instrumental, y el encanto de arabescos llamados a sugerir el revuelo de palomas, luego el período más calmo, en que la visión del mundo externo logra apoderarse, transitoriamente, de los sentidos y ofrece una tregua fugaz al alma atribulada y hacia el fin, en lógica trabazón temática, los motivos principales sometidos a transformaciones, entrelazándose y desenvolviéndose, son llevados a culminación dramática que condiciona el título del poema sinfónico. Hondo patetismo reaparece en los dos motivos iniciales, sugiriendo algo así como la supervivencia de ese anhelo sobrehumano de elevación del alma sedienta y dolorida. Y, al surgir del Corno inglés, el canto expresivo del tema inicial, la obra termina, plena de la expresión, de un desgarrado sentido poético.

Todo el poema quedó desde entonces en mi interior como aroma inefable, de un surtidor oculto de goce estético.

En esta obra, como en todas las suyas, Leng ha permanecido leal al principio de realizar su concepción particular con acento propio escogido por intuición clarividente.

Sus capacidades le han permitido considerar inteligentemente los cambios que se han ido generando en la evolución del arte de los sonidos, y admirar las modalidades diferentes que informan las creaciones de maestros de nuestro tiempo.

Si ha adoptado algunas de las nuevas conquistas técnicas, como se evidencia en su "Sonata" para piano, lo ha hecho amoldándolas a las necesidades del estilo personal de su expresión artística. Toda desviación de una estricta conciencia de sí mismo y de sus posibilidades ha sido siempre evitada.

De su producción y de su actividad parece escaparse la profunda

convicción de que su emotividad ardorosa, controlada por una inteligencia vigilante, ha sido su auténtica incitación a la creación. Sus obras son el reflejo de esta sensibilidad emocional y de los sentimientos, aspiraciones y espíritu religioso que integran la esencia de su individualidad.

Esta actitud que exalta la exteriorización de contenidos íntimos del yo, algo similar a ideales del romanticismo; no aminora las cualidades puramente musicales que integran su música.

Liberado en la embriaguez de la creación, el artista ha podido abismarse en la realización de lo que posee y de lo que desea. Y cuando el afanoso juego de la aventura creadora le ha consentido construir su universo simbólico, son perceptibles en él las huellas transfiguradas del artista.

Ha tratado de sorprenderlas o vislumbrarlas para satisfacer la insaciable sed de comprensión y al perseguir este anhelo, ha ido floreciendo el goce estético.

Alfonso Leng, en el recogimiento silencioso de la elaboración artística, ha tenido el coraje de encaminarse al encuentro de sí mismo y como se ha dado a ello con todo el ser, sus obras nos entregan en belleza su acento vital y nos conquistan y conmueven con los rasgos que revelan la sinceridad de su latir emocionado.

Carlos Isamitt.